

Venezuela, siglo xx

© **Diego Bautista Urbaneja, 2025**

© **Editorial Alfa, 2025**

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Editorial Alfa

Apartado postal 50304. Caracas 1050, Venezuela

e-mail: contacto@editorial-alfa.com

www.editorial-alfa.com

ISBN

Edición impresa: 979-13-990119-1-3

Corrección de estilo

Magaly Pérez Campos

Maquetación

Editorial Alfa

Imagen de portada

Pescador en el Lago de Maracaibo. Estado Zulia, Venezuela, siglo XX.

Creole Petroleum Corporation

©Archivo Fotografía Urbana

Diseño de colección

Ulises Milla Lacurcia

Impresión

Podiprint

Venezuela, siglo XX

UN RELATO PARA EL REENCUENTRO

Diego Bautista Urbaneja

Revisión y edición a cargo
de Violeta Rojo

 Editorial **Alfa**

Índice

INTRODUCCIÓN	7
1904: ¿qué se hizo el artículo 127?.....	15
1910: nace el Ejército como actor político.....	18
1914: el desenmascaramiento	21
1928: la ciudad toma la palabra.....	26
1930: el Reglamento de la Ley de Hidrocarburos de 1928.....	29
1934: el Convenio Tinoco.....	34
1936: la democracia callejera	41
1936: sembrar el petróleo	44
1938: la prudencia petrolera	47
1941: la fundación de Acción Democrática.....	52
Las leyes de 1942-1943	56
1946-1947	61
1958: el Pacto de Puntofijo	66
1960: no más concesiones	72
1961-1962: la decisión de tomar las armas	76
1968: la pacificación.....	82
Desde otro punto de vista	85

1973: el bipartidismo	88
1974: el <i>boom</i>	94
1983: el Viernes Negro	99
1989: la elección de gobernadores y alcaldes.....	102
1989: el Gran Viraje	108
1992: el 4-F	113
1999: la sentencia	116
El cierre de la separación de poderes	121
 REDONDEOS	 129
SIN HITOS	135
UN FINAL	139

Introducción

El objeto de este libro es proponer un relato de lo que ha sido la construcción de Venezuela desde los comienzos del siglo XX. La aspiración es que se pueda elaborar una narración ante la cual los venezolanos de hoy puedan sentir que, en efecto, lo allí contado expresa la forma, el proceso, el devenir respecto al que podemos convenir que es el que ha ido configurando este país tal cual ha llegado a ser. Es decir, aspira a ser un relato en el cual los venezolanos podamos reencontrarnos, en el sentido de que unos y otros podamos decir: “Sí, eso fue lo que pasó”.

Al tomar como punto de partida el siglo XX, suponemos como dado todo lo que en el tiempo anterior se haya podido cimentar en los múltiples aspectos y profundidades de la identidad colectiva.

Estas líneas se dirigen, pues, al sentido común histórico de los venezolanos, a la conciencia que tienen de su historia, y quieren hacer conexión con eso. Quieren estas líneas conectarse con lo que creen saber del pasado del país, con los diversos estratos de esa sedimentación de creencias, conocimientos, consejos, refranes, leyendas, en cuanto tiene que ver con la forma en que Venezuela

ha llegado a ser lo que es, con el modo en que fue siendo lo que en cada momento fue.

Obsérvese que no se plantea ningún juicio de valor. El reconocimiento del relato como válido no quiere decir que se apruebe o que se tenga como valioso lo que en cada uno de los episodios escogidos ocurrió, o que se tenga como bueno lo que de todo lo narrado ha, hasta ahora, resultado. Se trata más bien, si se quiere, de mostrar que, tanto los hechos que calificaríamos como “buenos”, como los que calificaríamos de modo contrario, han ido formando el país.

El procedimiento que hemos utilizado para llevar a cabo nuestro intento ha sido el de seleccionar eventos o fechas; a lo más, concentrados desarrollos que vengan a ser hitos, puntos clave de ese proceso de construcción. Eventos, fechas, fases en las que culminen y se sinteticen etapas que sean puntos de partida o de llegada, que indiquen un agotamiento, una renovación o un nacimiento. Puntos en los que se tome un camino, en los que se abandone otro, en los que se pase de largo ante un sendero que pudo seguirse pero que se quedó sin transitar. De cualquiera de estas formas, cualquiera de esos títulos, decisiones, fechas puede constituir un hito de nuestro relato, tal como lo hemos concebido.

Buena parte de nuestros episodios está constituida por hechos que no calificarían como notorios de acuerdo con criterios convencionales. No será raro que se trate de acontecimientos en su momento apenas notados y que muy pocas veces son resaltados por las versiones más trajinadas de nuestra historia. Desde luego que tampoco faltarán hechos muy famosos y hartamente analizados. En ocasiones estaremos ante eventos que sucedieron casi de repente, cuya cadena causal discernible es en verdad muy corta. En otras oportunidades, el punto clave en cuestión será la culminación, el remate de un extenso proceso de maduración, bien sea de gestación, bien sea de agotamiento. Habrá incluso eventos puntualísimos, cuya aparente insignificancia oculta, sin embargo, amplias consecuencias en cuanto a lo que luego ocurrió o en cuanto a lo

que pudo haber pasado y al final no aconteció. En tal sentido, los hitos que vamos a referir ocupan variados lugares y jerarquías en la memoria colectiva. Algunos parecen firmemente anclados en ella: los hechos de la Semana del Estudiante de 1928, por ejemplo. ¿Quién no ha visto al menos una foto de aquellas famosas boinas? Otros son verdaderos desconocidos y su misma naturaleza muchas veces puntual o incluso técnica dificulta una figuración más estelar en los recuerdos de la colectividad. Pero, por eso mismo, es más de justicia sacarlos del olvido, del desconocimiento, de las catacumbas.

Tanto la magnitud como la dirección de la presencia de estos hitos en la memoria histórica son elementos variables y que, además, cambian con el tiempo. Cuando, por poner el caso, doy por supuesta la firmeza y amplitud de la vigencia en tal memoria de los eventos estudiantiles de 1928, estoy en realidad extrapolando una experiencia personal y de las personas de mi edad. Es quien esto escribe el que apreció tal firmeza en el curso de las conversaciones que oyó o de las cosas que leyó. Pero sería muy pertinente la pregunta de si tal episodio está, de la misma forma, presente en la idea que del pasado venezolano tiene una persona de veinticinco años hoy en día. Por otra parte, lo de 1928 no es necesariamente típico de los demás casos. Es este un hecho que fue visto y ha sido recordado con universal simpatía desde entonces. De pocos de los demás episodios recogidos en estas páginas podría decirse lo mismo, sujetos como están a valoraciones más controversiales.

En muchos casos, es probable que les atribuyamos a los hitos abordados una significación muy ajena a las intenciones o la conciencia de los actores. Si pudieran leerlo, muchos de esos protagonistas se sorprenderían de lo que aquí decimos de los hechos en los que jugaron relevante papel. Decía Sartre algo así como que la libertad es la responsabilidad que tenemos por lo que los demás han hecho de nosotros. Parafraseando, podría decirse que la historia se hace con lo que los que vinieron luego hicieron con lo hecho por los que vinieron antes.

Es de suponer que, mientras más alejado de la actualidad esté el evento clave, el hito, menos controversial será la selección del evento y sobre todo su interpretación; y, a la inversa, mientras más próximo y reciente, más polémica su selección y la significación que se le pueda atribuir. Una de las máximas ambiciones de las líneas que siguen es la de que, si las selecciones e interpretaciones de los momentos iniciales y más lejanos y las de los que les siguen más de cerca son plausibles para la mayoría de quienes las lean, esos acuerdos acumulados alivien las dificultades que enfrente la presencia de los eventos más recientes para obtener consenso general, tanto en cuanto a su inclusión como hito, como en cuanto al papel que le asignamos en nuestra narración.

Entre los hitos seleccionados transcurren a veces largos períodos. Lo probable es que, respecto al hito en cuestión, el tiempo precedente, que no aparece tratado en estas páginas, haya sido un tiempo de preparación, maduración, fermentación de aquello que estalla en el momento que hemos elegido destacar.

La perspectiva que se quiere transmitir es decididamente positiva. No en el sentido de un juicio valorativo, del que, como dijimos, más bien prescindimos. Sino en el sentido de que se pretende hacer visible, a través del método de los hitos, un proceso de construcción de un país tal como fue positiva y efectivamente construido y tal como fue la construcción resultante o que ha ido resultando. Esta resultante que no cesa ha estado en todo momento repleta de imperfecciones. Han sido escasas las ocasiones en las que las fallas que en cada momento existían habrían podido ser corregidas a fondo, de modo que, a partir de ahí, lo que adviniera fuese de un nivel en definitiva superior. Siempre hubo pobreza, desigualdad, injusticia, aun medida por el baremo vigente para el momento del caso. Y más de una vez se pasó de largo ante la oportunidad de rectificación que se presentaba ocasionalmente.

No ha habido en Venezuela un cambio drástico de la situación socioeconómica que tenga su origen en movimientos políticos que se lo propusieran. Los cambios que han tenido lugar han sido

provocados por la aparición del petróleo y sus consecuencias, cuyo despliegue se llevó varias décadas, en las que se sucedieron regímenes de diverso tipo. Ha sido, pues, con ese trasfondo como se han producido los cambios, avances, agotamientos, relanzamientos reflejados o expresados en los hitos que jalonan este libro, hitos en los que proponemos ver resumido o simbolizado el proceso de construcción antes indicado.

Estamos conscientes del carácter polémico de estas últimas afirmaciones. ¿No significaron los años del trienio 1945-1948 cambios sociales y económicos profundos y deliberados? ¿No lo fueron los llevados a cabo entre 1958 y 1988?

De acuerdo con nuestra idea de las cosas, las oportunidades de cambio que la aparición del petróleo significa en el caso venezolano tenían que ser procesadas por las corrientes ideológicas y políticas que predominaran en un momento dado, así como por el balance de sus fuerzas relativas. Eran ellas las que modulaban el uso que en cada caso se dio al ingreso petrolero y tal modulación nunca fue rupturista. El predominio de ninguna de ellas ha significado de por sí una transformación radical de la estructura socioeconómica del país y ninguna lo pretendió a fondo. En los hechos, se ha tratado de reformas que han podido significar avances sociales y económicos de importancia, pero que no han implicado cambios radicales en el momento mismo.

Decíamos que la perspectiva adoptada quiere ser positiva en cuanto señala, a través de los hitos, cómo se ha ido construyendo el país que en efecto se construyó. Pero ello implica que no adoptamos una actitud valorativa ni ante los hechos mismos ni ante el resultado del trayecto. Desde el punto de vista de los valores de quien escribe, hay hechos decididamente negativos, así como los hay valiosos. Pero unos y otros están allí, y nos parece que marcaron el trayecto tal como él fue.

Hay otros hitos frente a los cuales no cabe adoptar una actitud valorativa ni siquiera dejándola reservada, pues se trata de decisiones concretas, con una motivación específica, cuyos efectos era difícil

pronosticar, de los cuales no se tenía conciencia, respecto a los cuales se pensaba que iban a ser diferentes o en los que ni siquiera se pensó. Hay aun otros difíciles de ubicar dentro de las rejillas de la valoración, sea esta positiva, negativa o “neutra”.

Insistamos. No se pretende una nueva versión de *Lo afirmativo venezolano* inspirada en el bello libro de Augusto Mijares que lleva ese título. Nada más lejos de estas páginas que la idea de una historia ejemplar. Al contrario, como parte de la idea del reencuentro nos esforzaremos por ofrecer —de los hitos que propondremos, cuando corresponda o esté a nuestro alcance— interpretaciones críticas o diferentes de las que aquí adelantamos. Interpretaciones, esto es, que de alguna manera pongan en cuestión el papel que atribuimos al hito o que lo vean desde otro ángulo.

Y a la inversa. Si no estamos ante una historia ejemplar, menos estamos ante uno de esos intentos por determinar “cuándo Venezuela perdió el rumbo”, o cuándo “se fregó”. Una idea subyacente a todo lo que sigue es que Venezuela no encontró ni perdió nada parecido a un rumbo o “su” rumbo. Lo que creemos es que los países tienen momentos más brillantes o auspiciosos y momentos que lo son menos o que son lo contrario. Lo que nos interesa saber es el rumbo que, de hecho, hemos seguido, estableciendo sus meandros y sin prejuzgar si el rumbo general resultante, si existe tal cosa, tiene en verdad una dirección.

Y así como no se pretende proponer una historia ejemplar de la que tomar arquetipos o de la que podamos sentirnos orgullosos, ni su contrario, también queremos evitar una exploración de las profundidades psíquicas de nuestra sociedad, de nuestro pueblo, de nuestra historia. No se abordan en estas páginas los mitos, los cultos, las religiones populares, los ritos, las nostalgias, los imaginarios, los sueños, las culpas que hayan podido estar trabajando en la conciencia colectiva o individual. Ha sido ese el reino del ensayo brillante de parte de muchas de las mejores mentes y plumas que ha tenido el país. En estas páginas hay más bien un culto, si así se lo quiere llamar, al acontecer, a lo que va pasando, a lo que se

va acumulando de forma visible para bien o para mal. Ese carácter “público”, al alcance de la vista de cualquiera, o comprobable por cualquiera, es precisamente lo que lo hace propicio para el reencuentro.

Es fácil emparentar la temática de los hitos con el conocido asunto de ¿qué hubiera pasado si...? En este caso, qué hubiera pasado si el hito en cuestión no hubiera tenido lugar. Podrían escribirse muchas líneas especulativas sobre lo que, en ese caso, habría sido nuestra subsiguiente historia. Así que no es esa historia de fantasía la que llenará estas páginas, ni tan siquiera una de ellas. Tuvo lugar el hito y lo que corresponde decir es qué desencadenó, qué culminó, qué significó o qué lugar de cualquier otra manera tiene para la comprensión de nuestra historia.

En ese mismo orden de ideas, veremos que algunos puntos clave no identifican hechos ocurridos en realidad, sino rutas que pudieron tomarse y no se tomaron debida y/o duraderamente. El hecho es que no se tomaron. En esos casos, lo que tenemos en cuenta es que el país perdió oportunidades o desdeñó criterios que estuvieron allí, a su alcance, ante sus ojos. No nos adentramos en el hipotético camino que se hubiera recorrido de no haber estado presente ese desdén. La oportunidad, la propuesta fueron trochas que quedaron yermas, por las que nadie transitó. Eso es todo. El que ello haya ocurrido forma parte de la historia venezolana y es —en ese sentido y si lo que se desdeñó pudo haber valido la pena— un hito.

Los hitos tratados en estas páginas se refieren sobre todo a las esferas de lo político y lo económico. La variedad de puntos de partida, de llegada, de eventos clave es tan amplia que extender su examen a otras esferas haría la perspectiva inmanejable o la extensión del texto mucho mayor de la que hemos contemplado. Si se quiere, pues, tómese lo dicho en estas páginas como muestra de lo que podría hacerse si se pusiera la atención en otras esferas aquí dejadas de lado. Entre las que resaltan a nuestros ojos, mencionemos dos: la cultural y la jurídica. ¿No es la publicación de *Doña*

Bárbara en 1929 un hito de nuestra historia? Muy pocos eventos han significado más para la mentalidad, el lenguaje, las metáforas, los puntos de referencia, los mitos del pensamiento nacional de varias décadas. ¿Y qué decir de la llegada de la televisión al país, al principio de los años cincuenta? Luego están los grandes marcos de ingentes cantidades de vida nacional que son, por ejemplo, los Códigos Civiles de 1942 y 1983, grandes hitos jurídicos.

Hay significativos hechos, como los acabados de mencionar, cuya exclusión de un trabajo enfocado en lo político y lo económico puede justificarse. Hay otros cuya ausencia inquieta más a la conciencia. Porque hay realizaciones que la memoria colectiva incluye sin vacilación en cualquier lista de “hitos” que pudiera hacerse. Un ejemplo clásico de tal tipo de logros es la erradicación de la malaria gracias a la campaña llevada al efecto bajo la conducción del doctor Arnaldo José Gabaldón, nombre que a tal título alcanza el nivel de lo legendario en la conciencia histórica del país. Esto ocurre a partir del año 1936 y se extiende a lo largo de la década de 1940. Las consecuencias benéficas de lo así obtenido son incalculables y abarcan todo aspecto de la futura vida del país, así como es insondable la profundidad de la modificación en favor de la sociedad. Pocas veces se han visto descender de tal modo los índices de una calamidad colectiva de primer orden. Sirva este párrafo para rendir homenaje a este evento de gigantesca significación: un hito, si los hay.

El hito, tal como lo entendemos en este trabajo, no se refiere a procesos, sino a eventos puntualizables o a nudos de ellos. Situaciones a las que puede aplicarse la frase “a partir de...”. No a procesos que se desarrollan acumulativamente en el tiempo, como la eliminación de la malaria, la reducción del analfabetismo, la urbanización del país. Con el hito empezó algo, se terminó algo, se dejó de lado algo. El país dio un paso en la dirección que fuera, la que, en la suma de los pasos, nos ha traído hasta aquí.

Sirva también esta ocasión para subrayar que es esta una selección personal de casos. Habrá quien eche de menos episodios

que han debido a su juicio estar incluidos, o piense injustificada la presencia de otros. Al fin y al cabo, son mil los itinerarios imaginables, con sus respectivos hitos, que dan cuenta de cómo hemos llegado a ser lo que somos. Que cada uno imagine, pues, el suyo.